

EN MEMORIA DE SOLEDAD CARRASCO URGOITI

El cinco de octubre del 2007 murió en Nueva York Soledad Carrasco Urgoiti. Conocí a Soledad cuando en 1990 llegué a Nueva York con el propósito de doctorarme. Formaba parte de un selecto grupo de profesores y amigos, entre los que se encontraban José Olivio Jiménez, Gonzalo Soberano, Isaías Lerner, Lía Schwartz y Carmen de Zulueta. Cuando la conocí, Soledad ya se había jubilado de Hunter College (uno de los colleges de la Universidad de la Ciudad de Nueva York) donde había impartido clases de literatura hasta su jubilación en la década de los ochenta. Sin embargo, a pesar de haber dejado la docencia seguía ejerciéndola a su manera, reuniéndose con antiguos alumnos o, como en mi caso, con las recién llegadas a la ciudad en un acto de amistad y generosidad. Ha escrito Antonio Elorza que era una pequeña gran mujer, una mujer de trato delicioso, menuda y frágil en apariencia. Y dice bien, porque físicamente parecía que iba a romperse en cualquier momento. Pero ese físico daba forma a una mujer templada que no retrocedía ante la adversidad o los vaivenes de la fortuna. Soledad estaba dotada de una personalidad valiente, que no admitía compromisos que la desviarán de la verdad. El relato de sus primeros años en Nueva York, llenos de dificultades, muestra su temple. Se había instalado con su madre, Graziella Urgoiti, en la gran manzana y no tardaron en enfrentarse a la destemplada acritud de las leyes de inmigración americanas. Soledad había iniciado sus estudios en Columbia, con Federico de Onís, y estaba a salvo de contingencias burocráticas. Pero Graziella no podía acceder al visado permanente, con lo que madre e hija se veían en la cercana perspectiva de tener que abandonar el país. Soledad resolvió el asunto, atajando el problema desde la raíz: puso a su madre a estudiar un *bachelor* en la universidad de Columbia. Y no contenta con eso, consiguió que el departamento de español propusiera a Graziella un trabajo como *lecturer*. Y lo contaba con la mayor naturalidad, como si aquello de poner a estudiar y a trabajar a una venerable madre estuviera al alcance de cualquiera. Esta misma templanza mostró en el ámbito académico y nunca le

tembló la pluma en sus reflexiones sobre el problema morisco. A ella debemos obras de obligada referencia en el ámbito de los estudios moriscos como *El moro de Granada en la literatura* (1956), *El problema morisco en Aragón al comienzo del reinado de Felipe II* (1969), *The Moorish Novel: "El Abencerraje" and Pérez de Hita* (1976), *El moro retador y el moro amigo* (1996) y, más recientemente, *Estudios sobre la novela breve de tema morisco* (2005) y *Vidas fronterizas en las letras españolas* (2005). Su proyección más allá de nuestras fronteras es fruto del rigor con que abordó su quehacer intelectual.

Esta dualidad de carácter aflora también en la sagaz lectora. Hace un par de meses corregí para la revista *Cervantes* uno de sus últimos artículos. En él se adentraba en el tino con que Cervantes, a diferencia de Avellaneda, trata al personaje de Álvaro Tarfe, un morisco *ahidalgado*, como ella lo llama, callando su existencia para no delatar su condición. Así era también Soledad, a veces, callada. Solía decir José Olivio Jiménez que Soledad nunca se despedía cuando hablaba por teléfono. El interlocutor notaba que la voz se iba alejando hasta hacerse imperceptible. Era su manera de decir adiós. Y así se fue también este verano a Nueva York, a desmontar su casa y arreglar algunas cositas, porque ya no era una niña. Me lo decía sin aspavientos ni asomo de patetismo, con la misma naturalidad con que había puesto a su madre a estudiar y trabajar para conseguir un visado. *Salam alicum*, Marisol.

Isabel Lozano Renieblas
Dartmouth College y AC